

//Economía y comercio internacional//

## EL MISTERIO DE BERLÍN

\* Por Pedro Isern

@Pedropisern

Entre el 13 de agosto de 1961 y el 9 de noviembre de 1989 se llevó a cabo en la ciudad alemana de Berlín un experimento social inédito. El posterior estudio de los resultados de este experimento ha generado una pobre literatura científica. Particularmente, la historia económica ha ignorado la potencial riqueza analítica de la experiencia berlinesa. ¿Por qué ha sucedido ello? ¿Por qué los científicos sociales no usan o incluso abusan de semejante experimento?

Podemos intentar meternos en la mente de un investigador en 1900, dialogar con él y proponerle el siguiente experimento: en 1961 aislaremos a Berlín por 28 años, 2 meses y 27 días, utilizando para ello un muro. En un lado del muro se establecerá un sistema sociopolítico donde los agentes económicos tendrán derecho a la propiedad privada y en el otro se implementará un sistema donde las decisiones económicas sean centralmente planificadas y el Estado sea propietario de los medios de producción.

Es posible que el investigador reaccione con incredulidad ante la posibilidad de asistir a semejante experimento social. Sin embargo, ¿sería tan diferente la reacción de un científico en septiembre de 2014? En parte, la percepción ante la evidencia de la experiencia berlinesa no sería muy distinta en 2014 que en 1900. En ambos casos, reflejarían formas de incredulidad. En 1900 por la literal inexistencia del evento. En 2014 probablemente por la incapacidad de interpretar la implicancia de un experimento social efectivamente comenzado, desarrollado, colapsado y terminado. ¿Cómo interpretar esta última incredulidad?

La historia es un escenario donde las ciencias sociales pueden recurrir para realizar experimentos dejando de lado reparos morales ya que el pasado es inmodificable. La historia nos provee un ámbito donde el investigador puede llevar a cabo un experimento que moralmente no podría ni debería realizar en el presente o futuro. El pasado nos aporta tanto una "liberación moral" como una limitación cronológica. Sin embargo, a poco de andar vemos que estamos hablando de lo mismo: la oportunidad de llevar a cabo experimentos donde no existan los reparos morales se debe a que, justamente, el pasado es inmodificable. Apreciamos la construcción de la mezquita Azul de Estambul y las Pirámides de Egipto, llevada a cabo por decenas de miles de personas esclavizadas, porque se encuentran en el pasado y no en el presente o futuro. Admiramos algo (como estas obras de arquitectura) del pasado que nos provocaría repugnancia si su construcción estuviera sucediendo ahora o sucediera en el futuro. La oportunidad metodológica que ofrece el pasado para el investigador refleja también una obvia limitación: si un experimento social (consciente o azaroso) no aconteció no será posible ya recurrir a él. Los experimentos aleatorios que las personas no realizaron en el pasado no será posible realizarlos ahora o en el futuro porque ya no serían aleatorios y, por ende, tendrían una limitada validez metodológica. La pregunta que surge es la siguiente: ¿Habría sido el pasado lo suficientemente rico como para encontrar en él experimentos sociales espontáneos relevantes? Es decir, ¿habría sido el pasado en 1961 tanto más complejo que en 1900 para generar en un investigador del 1900 la suficiente incredulidad para concebir un acontecimiento en 1961 que nosotros, dado que estamos en 2014, sí podemos o podríamos concebir? La respuesta parece ser afirmativa: hoy sabemos que entre 1900 y 1961 sucedieron suficientes cosas como para que una persona en 1900 no tuviera herramientas para entender o interpretar esa posible hipótesis.

Nuestro punto aquí es que esa complejidad que hace ininteligible una hipótesis en 1900 sobre un suceso de 1961 es la misma que enfrentamos hoy para interpretar ya no un hipotético acontecimiento en el año 2061 sino para interpretar lo acontecido entre 1961 y 1989 en la ciudad alemana de Berlín. ¿Dónde residen las limitaciones de este enfoque? ¿Qué nos enseña el experimento social desarrollado en Berlín entre 1961 y 1989? Nos enseña que son científicamente muy limitados incluso los experimentos de características excepcionales como el acontecido en la ciudad alemana. Si bien sostuvimos que era imposible para un científico social en 1900 comprender el experimento que efectivamente aconteció entre 1961 y 1989 en Berlín, una vez acontecido el experimento tenemos hoy (2014) la posibilidad de contemplar y comprender que sus implicancias o enseñanzas son limitadas. ¿Por qué? Porque el experimento de Berlín sólo nos ha informado sobre un único evento y sus limitadas variantes en un mundo donde conviven billones de eventos con sus respectivas variantes. Después de un experimento social tan excepcional sólo ha sido posible verificar en un caso específico las bondades de un modelo socioeconómico sobre otro.

¿Cómo calificar a Berlín desde su capacidad de revelar o resolver dudas científicas? Podemos sostener que resuelve algo antes que nada. Es difícil sostener que la experiencia berlinesa no ha contribuido en nada a la comprensión de determinados fenómenos o causalidades sociales. Sin embargo, debemos marcar una relación entre el volumen del experimento y su capacidad para proveernos de soluciones claras. Paso seguido, la relación costo-beneficio es ineficiente en la experiencia berlinesa porque el "enorme esfuerzo científico" realizado ha dado como resultado apenas algunas sugerencias y pocas certezas. Por ende, la capacidad científica real de un experimento social consiste en generar una eficiente relación costo-beneficio entre una hipótesis, su verificación y la riqueza o caudal posterior que significa para el conocimiento o la comunidad científica la comprobación de la hipótesis. Es por esto que la experiencia berlinesa no ha tenido la relevancia o influencia que, en principio, supusimos debió haber tenido.

Como mencionamos, hay un papel ético que sólo el estudio de la historia puede jugar: desarrollar experimentos científicos que las sociedades no pueden permitir ni tolerar hacer en el presente o en el futuro. Si bien Berlín nos ha posibilitado un riguroso estudio experimental, fundamentalmente nos ha ayudado a comprender algunos límites estructurales de los experimentos sociales. En el extremo, el experimento de Berlín habría contribuido a confirmar apenas una creencia: la imposibilidad del cálculo económico en el socialismo, debate que habían llevado a cabo en la década del 30' el economista austríaco Ludwig Von Mises y el economista polaco Oskar Lange. Asumamos por un momento que la experiencia berlinesa hubiese contribuido a confirmar esa imposibilidad. Sin embargo, ¿cuál ha sido la enseñanza berlinesa sobre la posibilidad del cálculo económico en un mundo donde los agentes realizan intercambios libres y voluntarios? La experiencia berlinesa contribuiría a confirmar la ineficiente asignación de los recursos escasos cuando esa asignación se hace centralizadamente, pero poco diría sobre la magnitud de la eficiencia de la economía de mercado. La experiencia berlinesa apenas nos informaría que la economía de mercado asigna más eficientemente los recursos que la economía planificada de manera centralizada pero no ha quedado claro cuánto mejor.

Esto significa que los experimentos (bien hechos) en las ciencias sociales sólo contribuyen a refutar una opción mientras que dejan poco margen, en primer lugar, para saber cuál es la real distancia entre esa opción refutada A y la opción temporariamente no refutada pero, más aún, en segundo lugar, el experimento social que refuta A no puede informarnos la distancia que existe entre los distintos Bs (B, B', B'', ..., Bn). El experimento berlinés realizado entre 1961 y 1989 constituye hoy un buen escenario científico donde refutar la eficiencia y transparencia de

una economía planificada de manera centralizada. Sin embargo, nos informa muy poco sobre la comparación entre los diferentes niveles de eficiencia que posee la asignación individual de los recursos económicos. Sabemos que en Berlín Occidental la ausencia de una planificación centralizada de la economía contribuyó a una asignación más eficiente que generó mayor prosperidad individual y transparencia. Sin embargo, no sabemos (no podemos saber) cuál es la relación entre esa mayor prosperidad (que hemos denominado B) y otros Bs posibles, donde la ausencia de planificación centralizada signifique otra cosa que B. Este parece ser un error analítico relevante en los experimentos sociales: la negación de A confirma a B como mejor que A pero nada dice sobre si B es mejor y cuánto mejor que los sucesivos B', B'', ..., Bn. La experiencia berlinesa nos informa sobre la imposibilidad de A (cálculo económico en una economía planificada de manera centralizada) pero nada nos dice sobre las diferentes posibilidades de los sucesivos Bs porque no ha habido en el experimento (en nuestro caso, en Berlín) una comparación ni siquiera tácita entre los distintos Bs posibles.

En el capítulo 3 de "El diseño de la investigación social", King, Keohane y Verba sostienen que "evitar el lenguaje causal cuando la causalidad es el auténtico objeto de la investigación o bien hace irrelevante el estudio o bien le permite no respetar las reglas de la inferencia científica. Nuestra incertidumbre acerca de las inferencias causales nunca desaparecerá, pero esto no debe significar que evitemos extraerlas...la causalidad se define como un concepto teórico que es independiente de los datos utilizados para conocerlo...la condición contrafáctica es la esencia de la definición de causalidad...De este modo, esta sencilla definición de causalidad demuestra que nunca podemos conocer con certeza un efecto causal. Para Holland, éste es el problema fundamental de la inferencia causal y lo es porque, independientemente de lo perfecto que sea el diseño de la investigación, de la cantidad de datos que recojamos...nunca conoceremos a ciencia cierta la inferencia causal" (2000, 88-89).

La relevancia científica de la explicación causal depende de la rigurosidad del contrafáctico que elaboremos. La experiencia berlinesa entre 1961 y 1989 ha sido por cierto un contrafáctico riguroso para la ciencia social. Allí se llevó a cabo un experimento social donde tanto los "científicos" como los materiales (las personas) no sabían que eran parte de un experimento. Paso seguido, podemos ahora recurrir a Berlín como un contrafáctico tan eficiente que en un punto aconteció. Es decir, Berlín Occidental actuó como un riguroso contrafáctico (virtual y paralelo) para Berlín Oriental y éste actuó como un riguroso contrafáctico para aquel. Si bien la rigurosidad del estudio ha contribuido a enriquecer nuestra capacidad para entender parte de la realidad, lo ha hecho de una manera mucho más limitada de la que en principio creíamos o esperábamos.

\*Profesor Depto. Estudios Internacionales, FACS - Universidad ORT Uruguay.  
Master en Filosofía Política, London School of Economics and Political Science.